

Intervención Psicológica en Situaciones de Desastre

Lorena Saénz Segreda
José Manuel Salas Calvo

Introducción

El presente trabajo pretende dar cuenta de una parte de la tarea que desde 1988 realiza la Escuela de Psicología de la Universidad de Costa Rica en el área de atención de emergencias y situaciones de desastre. Surge de la reflexión de un conjunto de profesores y estudiantes sobre los factores psicosociales implicados en estas situaciones. Ha sido realizada en los ámbitos comunal, institucional, familiar, grupal e individual, atendiendo el llamado, sobre todo en los últimos grandes eventos, de la antiguamente denominada Comisión Nacional de Emergencias y de Comités Locales de Emergencia.

Debe aclararse que la población con la que se ha trabajado es sobre todo de tipo rural, situación que particulariza algunos de los aspectos comentados más adelante. En vista de que distintos eventos (mayores y menores) han afectado al país en muchas de sus áreas (de hecho, se trata de un país altamente vulnerable a emergencias y desastres), la intervención que se ha tenido enfatiza en ese tipo de población.

De estas experiencias, cuyo énfasis ha sido la atención de las emergencias, surge la necesidad de analizar las transformaciones paradigmáticas y como éstas influyen en el conocimiento y las acciones dentro de la Gestión de los Desastres.

Se pretende dar una visión general sobre diferentes aspectos o ámbitos de intervención, desde la psicología. De esta forma, se incluyen reflexiones de índole conceptual, tales como: la cuestión de lo subjetivo en desastres; la percepción que las personas tienen de los diferentes momentos del proceso. Se finaliza con un mayor

desarrollo acerca de condiciones psicosociales que deben tomarse en cuenta en la reducción del riesgo y la atención de emergencias, tales como edad, género y clase social, que revelan un especial impacto en las poblaciones afectadas. De esta manera, las condiciones de vulnerabilidad social, aunque con elementos comunes, cobran particularidades específicas de acuerdo con las condiciones psicosociales imperantes.

Las diferentes acciones a tomar deben analizarse al interior del manejo o administración de los desastres, lo que facilita o bien obstaculiza la participación de los pobladores en la reducción del riesgo. Este artículo forma parte de un trabajo mayor que pretende abordar la cuestión de lo sociocultural en el manejo de los desastres. Parte de la base de que si los factores sociales y personales (subjetivos) no son tomados en cuenta, la vulnerabilidad puede aumentar de manera significativa.

Del abordaje e intervención en situaciones de crisis en el nivel institucional, grupal, comunal, familiar e individual, hemos podido entender que cada persona vive y elabora su experiencia ante el desastre de diferente manera. Los hombres, las mujeres, los niños y las niñas, los y las adolescentes y adultos mayores tienen enfrentamientos diferentes que facilitan u obstaculizan sus acciones ante la crisis.

Del relato de estas personas sobre lo acontecido, hemos ido comprendiendo las redes de sentido que le dan a su experiencia. En poblaciones que han sufrido el embate de huracanes, deslizamientos o inundaciones como Turrialba, Rivas de Pérez Zeledón o San Marcos de Tarrazú, zonas rurales de nuestro país, que reconstruyen su experiencia ante el desastre, los sistemas de alerta utilizados antes del posible impacto del fenómeno, cobran mucha importancia en tanto son percibidos como elementos útiles o bien insuficientes para prepararse y reaccionar ante la situación.

También las formas de respuesta que organizaron estas comunidades constituyen un cúmulo de lecciones aprendidas para identificar fortalezas y debilidades en la organización comunal y en las actuaciones de grupos e individuos. Esto permite entender factores sociales de la vulnerabilidad para ser trabajados desde la percepción del riesgo y convertirlos en herramientas útiles para la disminución del mismo.

Atención de emergencias y desastres en Costa Rica

Aun cuando el país realiza importantes esfuerzos por organizar y consolidar una estructura ágil y dinámica que atienda con prontitud y eficacia estas situaciones, sobre todo después de finales de los años 60 y principios de los 70, lo cierto es que la acción desplegada tiene un alto componente de gestión centrada en la emergencia o el evento, en desmedro de otras fases cruciales del trabajo de gestión del riesgo, asunto que se retomará posteriormente.

Debe tenerse presente que dadas sus características geofísicas, geográficas y climáticas, Costa Rica es un país con una alta propensión a sufrir el efecto de fenómenos naturales que, cada vez con mayor facilidad, se convierten en emergencias y muchas de ellos en desastres de grandes proporciones.

Según Lavell (1996), en el manejo de los desastres en nuestro país se ha enfatizado un “sistema de manejo de emergencias”, cuyo modelo está orientado, esencialmente, a las fases de preparación y respuesta a emergencias y desastres.

Esta situación varía ligeramente al aprobarse la nueva ley de emergencias, que si bien procura avanzar en este punto, nuestro criterio es que lo logra de manera parcial: la ley sigue centrada en el evento, aun cuando hay más elementos de prevención y educación en materia de desastres y emergencias (Asamblea Legislativa, 1999).

Este modelo está influido por la visión de los desastres como fenómenos naturales peligrosos, difíciles de prevenir y controlar. Por ello, equipara el desastre a fenómenos físico naturales, tecnológicos o antropogénicos extremos y ven a las tareas de reducción, en forma prioritaria, como el conocimiento de las amenazas naturales. De ahí que, en este modelo, los estudios científicos deban centrarse en las amenazas físicas, su predicción y pronóstico.

Gracias a esta visión y sin dejar de lado las condiciones propias de un país pequeño y subdesarrollado, con diversidad de amenazas, Costa Rica ha logrado financiamiento internacional para investigación científica y tecnológica de alto nivel. En virtud de ello, ha logrado reunir una serie de equipo y personal altamente calificado que propicia una serie de servicios muy importantes, en el rubro de la detección y la información sobre eventos de diverso

tipo. A la vez que se cuenta con centros que proporcionan información muy valiosa y pertinente sobre amenazas físicas.¹

Esta condición ha posibilitado e influido en la previsión de las amenazas físicas y, mediante un sistema de monitoreo y alerta temprana, se dan una impronta de los diferentes momentos en que las poblaciones y personas deben enfrentar situaciones de desastre (algunas ya señaladas), en aras de promover que la población adopte medidas y acciones pertinentes.

Lo anterior toma particular relevancia si se entiende que las características del evento marcan la diferencia de la alerta temprana. Este es un punto de singular importancia en el desarrollo de este artículo, si se considera la variedad de amenazas y eventos a los que se enfrenta el país.

De acuerdo con lo anterior debe aclararse, no obstante, que al igual que en otras partes del mundo, en Costa Rica el mayor avance de trabajo y de producción del conocimiento en materia de desastres, ha girado en torno al eje de las llamadas Ciencias Naturales (Cardona, 1996). Las Ciencias Sociales y dentro de ellas la Psicología, han tenido una menor participación, situación que tiende a variar en la última década, aunque de manera lenta y dificultosa. Tanto al interior de estas ciencias, como de la población y las organizaciones que tratan la temática, el trabajo de la Psicología y de otras disciplinas afines es incipiente. El presente trabajo está inscrito en ese contexto.

Existe una vasta información y conocimiento en las ciencias físicas; sin embargo, sobre factores psicosociales que determinan la visión de los desastres en las poblaciones y en el manejo que éstas tengan, han sido pocos los estudios desarrollados. En las experiencias de atención de emergencias queda evidenciado que por más información científico técnica que se tenga sobre las amenazas físicas, en nuestra población, por lo menos en muchos sectores, los mitos, las creencias y el pensamiento mágico (desastres concebidos

¹ Entre ellas: Laboratorio de Ingeniería Sísmica (Universidad de Costa Rica), relacionado con técnicas de construcción antisísmica; Centro de Investigación de Vivienda y Construcción (Instituto Tecnológico de Costa Rica); dos redes sísmicas y vulcanológicas (adscritas a la Universidad de Costa Rica y a la Universidad Nacional Autónoma); Escuela Centroamericana de Geología (Universidad de Costa Rica); Instituto Meteorológico Nacional; Departamento de Geología (Instituto Costarricense de Electricidad).

como castigo o como acciones de entidades divinas) tienen una influencia y determinación radicales en el cómo reciben aquella información y cómo actúan ante ella. En este mismo sentido, el desvío del Huracán Juana (1988) hacia Nicaragua, cuya trayectoria pronosticaba su impacto en la zona atlántica de nuestro país, es interpretado por amplios sectores de la población costarricense como milagro, atribuido a la Virgen de los Angeles. Todo lo anterior amortigua el efecto deseado por la información científica y técnica.

Los puntos antes indicados nos señalan que los aspectos de tipo cultural que influyen en la percepción del riesgo deben entenderse y trabajarse en los diferentes momentos: prevención, preparación, alerta temprana, impacto, etc. Y sobre todo en el trabajo de la cotidianeidad "normal", sin esperar actuar sólo o alrededor de la emergencia o el evento. Así, por ejemplo, como lo indica Cardona (1996, sin página): "Un sistema de alerta temprana toma en cuenta factores propios del fenómeno que actúa y factores culturales característicos de la zona. Entre los aspectos culturales se analiza la manera en que los pobladores ven y cómo se enfrentan a un fenómeno dado".

Esta concepción de que las fuerzas naturales son incontrolables y que lo único por hacer es esperar que ocurran los eventos, es reforzada porque las personas han estado excluidas de participar en el manejo de situaciones de desastre. Han sido ubicadas en el papel de receptoras, por lo que la información científica no se liga a su cotidianeidad y más bien se le percibe como información compleja que no tiene mayor comprensión para la gente.

Las personas desconocen los procedimientos por los que se llegaron a determinadas conclusiones, lo que no les ofrece confianza. Además, de lo que se les habla es de predicciones que apuntan a probabilidades e incertidumbre, mientras que las demandas de la población apuntan a necesidades ciertas y exigen soluciones seguras. Por ejemplo, en Rivas de Pérez Zeledón (al sur del país), ante las explicaciones dadas por los expertos sobre las condiciones geológicas de la zona, propicias para que se produzcan periódicamente inundaciones, los pobladores manifiestan que como acaba de pasar una inundación tiene que transcurrir cierto número de años para que vuelva a presentarse otra. Por lo tanto, durante ese tiempo proseguirán su vida cotidiana como si no vivieran en una zona de riesgo.

En este esquema, no sólo las personas se asumen únicamente como receptoras de información sino que no se consideran actores sociales implicados en la red de instituciones u organismos que manejan los desastres. Hay una suerte de doble exclusión en este proceso. A ello se agrega un elemento que consideramos punto nodal en este asunto: la elaboración, transmisión y difusión de toda esta información se da dentro de un modelo de relación vertical, en el que muchos deberán asumir posiciones de subordinación.

Las experiencias de trabajo que hemos desarrollado nos indican que hay desconfianza en las instituciones, basada en un extrañamiento y lejanía entre las personas y esas instituciones. De ahí que un trabajo impostergable es el cómo acercar esos universos o cosmovisiones: el llamado diálogo entre “saberes e ignorancias” (de ambas partes).

A manera de ejemplo, en la comunidad de El Llano de San Marcos de Tarrazú, en el Valle de Los Santos al suroeste de San José, ante la alerta no específica de que el Huracán César (1996) afectaría la zona, dada por los medios de comunicación, se activa una serie de “conocimientos propios” que la gente tiene de su zona. De esta manera, se monitorean cambios en la caída de la lluvia (“Está lloviendo de manera diferente!”), la crecida de los ríos aumentó y que la montaña “se mueve y se puede venir abajo” (por saturación del nivel de absorción del agua). Esto permitió la alerta y evacuación de muchas personas, llevada a cabo por los mismos habitantes del lugar.

Así, plantea Wilches-Chaux (1998, pag. 80) “Si los agentes externos logran entablar con los miembros de la comunidad diálogos de saberes y diálogos de ignorancias, y a través de ellos desentrañar las particularidades de cada proceso, identificar los elementos que le otorgan a la comunidad sentido de propósito y permanencia que caracterizan a una situación concreta, se podrá con mayor posibilidad de éxito, aplicar los aportes de la ciencia y la técnica en beneficio de la comunidad”

Trabajo en desastres y el aporte desde la psicología

Para repensar el aporte de la Psicología en estas temáticas, es menester recordar que la alerta temprana es parte integral del

manejo de los desastres y de ahí que tampoco esté desligada de cómo se conciben los desastres y su manejo en forma general. En el denominado modelo físico natural del manejo de desastres, incluso en los países desarrollados, ha habido un énfasis en la detección de las amenazas físicas, tendencia aún dominante en muchos lugares. Luego se incorporó la necesidad de considerar también la vulnerabilidad, que también ha tenido un acentuamiento en los aspectos de tipo físico. En otras palabras, tanto en el rubro de las amenazas como de la vulnerabilidad se ha dado una especie de tecnocratismo, centrado en la visión físico-técnica del asunto.

Es pertinente una breve referencia al concepto de vulnerabilidad. Ésta se entiende como la debilidad frente a las amenazas o “incapacidad de resistencia” e “incapacidad de recuperación” cuando ocurre un desastre, donde este no solo depende de las amenazas sino también de los múltiples factores presentes en las localidades que son reconocidas como vulnerabilidades, por lo que podemos hablar de una “vulnerabilidad global”.

Para efectos de este trabajo, haremos énfasis en dos de sus factores:

- *Los sociales:* relaciones, comportamientos, creencias, formas de organización y manera de actuar de las personas y localidades que las colocan en condiciones de mayor o menor vulnerabilidad.
- *Las ideológicas y culturales:* ideas, visiones y valores, que nos sirven para interpretar la naturaleza y su relación con la sociedad, determinando la capacidad o no de acción frente a los riesgos.

Con base en lo anterior, dentro de la alerta y desde la vulnerabilidad social, se torna imperativo saber cómo se da la PERCEPCIÓN en esos sujetos, del riesgo y sus derivaciones. Es obvio afirmar que en este punto el trabajo de las Ciencias Sociales debe ser de primer orden. Por lo tanto, es necesario acceder a la consideración de una serie de factores psicosociales que empapan las vidas de las personas y los colectivos sociales.

Uno de ellos, ya insinuado líneas atrás, tiene que ver con la concepción de los desastres como consecuencia de fenómenos naturales peligrosos o difíciles de prevenir y controlar. Si ello se une a

mitos y conciencia mágico religiosa, presentes en la forma como mucha gente se explica los desastres, los hechos "... se presentan al hombre como provocados por fuerzas extrañas, incontrolables, que golpean. Esta visión fatalista inhibe la acción y conduce a la resignación y el conformismo" (Romero y Maskrey, 1996. Pág. 1).

Otro factor, íntimamente relacionado con el anterior, es aquel en el que encontramos explicaciones tales como el castigo divino a los pecados terrenales, pruebas que Dios impone, o como fuerzas, espíritus malignos o exóticos que habitan las entrañas de la tierra. Este tipo de razonamiento o explicación "transfiere" la causa de los desastres a niveles suprahumanos ante los que no hay nada que se pueda hacer.

Además, aspecto que ya fue señalado, los fenómenos naturales percibidos como peligrosos o difíciles de prevenir y controlar se refuerzan con la dificultad de acceso y comprensión que tienen las personas a los estudios científico técnicos sobre las amenazas físicas. La principal fuente de acceso a esta información la obtienen por medio de los medios masivos, los que no siempre cumplen una auténtica función informativa o educativa, sino que por el contrario fomentan el alarmismo, presentan información contradictoria que refuerza la duda, la desconfianza y la incertidumbre.

Al respecto, Bermúdez (1993) afirma que "El sensacionalismo en los medios de comunicación masiva se evidencia en las imágenes o fotografías de los titulares y en los textos" (pág. 13). Los medios de comunicación juegan un papel importante en la forma como las personas interpretan y definen su comportamiento ante un fenómeno natural.

De esta forma, por ejemplo, los medios de comunicación han reforzado la creencia de que los desastres son fenómenos inesperados, asociados a grandes eventos, como el "Gran Sismo de Nicoya" (Península del Pacífico Norte del país). Con esto se obvian o invisibilizan todos aquellos "pequeños" acontecimientos que en nuestros países, dadas sus diversas vulnerabilidades, provocan auténticos desastres (personales y económicos). Es frecuente observar, sobre todo después de los huracanes César (1996) y Mitch (1998), como una fuerte lluvia (no otro huracán) provoca serios daños a la infraestructura vial, los cultivos y hasta muertes que "no debieron ocurrir".

Pese a los esfuerzos de diferentes organismos e instituciones por establecer una relación más directa con las poblaciones en riesgo, ello ha sido insuficiente, en virtud de que el contacto con los científicos no está inserto en las prácticas cotidianas de aquellas. Además, en muchas ocasiones, el lenguaje con que se elaboran los mensajes dificulta la comprensión de los destinatarios y se presentan posibilidades o probabilidades de ocurrencia de eventos en localidades que, debido a sus condiciones concretas de existencia, enfatizan las necesidades prioritarias del aquí y el ahora. Esto lleva a que sientan que no tienen condiciones reales para manejar el riesgo y a que no cuentan con los sustratos políticos y económicos para actuar sobre la vulnerabilidad. Para estas poblaciones las posibilidades de un hecho, como la ocurrencia de un evento, no quiere decir que necesariamente sea probable; de ahí que no sea menester prepararse para su ocurrencia.

La evaluación y el monitoreo de las amenazas naturales realizado por los científicos, que permiten saber como éstas se comportan y cambian, están desligadas en muchas ocasiones del conocimiento que las mismas poblaciones tienen de su entorno, de la identificación de dichas amenazas y sus cambios. Esa situación propicia el enfrentamiento de dos tipos de saberes y conocimientos disociados: el científico y el popular. A su vez, esta disociación influye en la percepción del riesgo y en la toma de decisiones ante las alertas tempranas.

Por otro lado, la memoria histórica que guardan las poblaciones de los desastres, que les permite entender la posibilidad o probabilidad de ocurrencia de los fenómenos, aunada al conocimiento de su entorno, rara vez es utilizada para realizar un anclaje entre la información científica y la práctica o saber cotidiano. Por ello cuando se llega a las poblaciones, se las ubica como receptoras pasivas de saberes externos. De esto surge la necesidad de trabajar lo que Wilches-Chaux (1996, pág. 81) ha denominado los diálogos de los saberes e ignorancias: "El diálogo entre la verdad del científico y la verdad de la comunidad. El mutuo reconocimiento de los alcances y limitaciones de cada verdad hasta llegar a una lectura compartida (aunque no necesariamente única de la realidad)". Este autor apela al concepto de los imaginarios sociales, entendiéndolos como "un conjunto de imágenes, es decir de ideas a través de las cuales nos representamos el mundo" (Wilches-Chaux, 1996, pág. 83),

que no pertenecen solo al orden de lo objetivo sino donde lo subjetivo es aspecto esencial en las interpretaciones.

La diversidad de imágenes presentes en las poblaciones con las que hemos trabajado da cuenta de la heterogeneidad de representaciones que con respecto a los desastres existe, tanto en las poblaciones como en las personas e instituciones encargadas del manejo de los desastres. Esta diversidad de imágenes e ideas que se traducen en actitudes, formas de vinculación, afectos, formas de comunicación y prácticas sociales así como en acciones para enfrentar determinada situación, han sido poco estudiadas y, por lo tanto, no han sido traducidas a herramientas útiles en la reducción de los desastres.

Para la Gestión del Riesgo, propuesta elaborada por la Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina (Zilbert, 1998), es de vital importancia que los programas y proyectos para la reducción del riesgo partan de la lectura de los imaginarios que posee la comunidad sobre las amenazas, las vulnerabilidades y los riesgos. Entender y analizar los imaginarios descritos líneas atrás, resulta de vital importancia para entender el comportamiento y motivación de las poblaciones frente al riesgo.

Muchas veces las poblaciones tienen visiones de los organismos estatales y de las organizaciones no gubernamentales encargadas de los desastres, desde las que tamizan no sólo la información que de éstas obtengan sino también de las respuestas que estas instancias esperan de ellos. Así, las poblaciones se tornan recelosas ya que perciben que esas organizaciones no toman en cuenta sus necesidades o intervienen en las comunidades imponiendo criterios.

En el caso de la comunidad de Rivas, luego de la inundación sufrida, entraron equipos técnicos de la Comisión Nacional de Emergencias y la Universidad de Costa Rica y si bien coincidieron en que esa era "zona de peligro", hay divergencias en cuanto a la evaluación de las amenazas. Esto genera desconfianza entre sus habitantes, a lo que se une el rumor acerca de la represa que posiblemente construiría una compañía extranjera y que, aprovechándose del desastre, se reubicaría a la población. Ello permitiría comprar, entonces, la tierra a precios más bajos.

Por su parte, los organismos estatales y otros actores sociales externos también manejan estereotipos o imágenes preconcebidas sobre lo que deben saber las comunidades y cómo deberían actuar ante una situación determinada. Esto obstaculiza las formas de vinculación y coordinación entre los agentes externos y las poblaciones.

A propósito de lo planteado, Wilches-Chaux (1996) nos puntualiza los efectos de este problema en el abordaje de los desastres:

- 1- Que los planes institucionales se basan en el desconocimiento de las particularidades de las poblaciones.
- 2- Que se pretenden aplicar situaciones genéricas a situaciones diversas, con características y necesidades distintas.
- 3- Que las recomendaciones científicas, técnicas y administrativas carecen de sostenibilidad, aceptación y sentido desde el punto de vista político, social y cultural para las poblaciones.
- 4- Que no se logran promover procesos reales de participación y apropiación de la comunidad.

Es por ello que en los diferentes procesos involucrados en el manejo del desastre o enfrentamiento de las emergencias, se deben tomar en cuenta factores propios del fenómeno que actúa y factores culturales característicos de la zona, como lo plantea Cardona (1996). Al respecto, Jiménez (1997) reafirma que se "...debe tomar en cuenta la manera en como los pobladores ven y como se enfrentan a un problema dado" (pag.6). Para Wilches-Chaux (1998) "Las poblaciones pueden ser más receptivas frente a estrategias que satisfagan sus necesidades más sentidas y puedan introducirse con facilidad en el mundo tecnológico, que ante estrategias exóticas y sin conexión evidente con sus necesidades más inmediatas" (pág. 87).

En síntesis, la tarea por resolver es el enlace entre el mundo del conocimiento sobre lo físico natural, con el mundo de lo subjetivo presente en todo hecho humano. Creemos que un manejo inadecuado de esos componentes subjetivos (afectos, sentimientos, valores, etc.) se convierte en un elemento más de vulnerabilidad social, por lo que debe estar comprendido en cualquier estrategia de trabajo con sujetos individuales o colectivos.

En Costa Rica, la infraestructura tecnológica y el personal profesional encargado de desarrollar procesos de monitoreo, detección y alertas tempranas de los componentes físicos, por lo menos en cierto tipo de amenazas (sobre todo hidrometeorológicas y vulcanológicas) están en un nivel aceptable, tal y como se señaló anteriormente. No obstante, es nuestro criterio que con ello coexiste una dificultad para transmitir y procesar de mejor manera esa información. Hay una evidente dificultad de traducir a lenguajes de uso cotidiano todo el bagaje de conocimientos acumulados y producidos en el momento. Ante ello, la población reacciona con incredulidad (sátira, chiste) o con indiferencia/negación.

De esta forma, a la vulnerabilidad física del país se une la vulnerabilidad social, propia de estas situaciones, la que a su vez se acrecienta precisamente por la acción de la incredulidad en la información o por el inadecuado manejo de la información, por lo general centrada en el evento y la amenaza física.

Por demás está decir, que si la población maneja solo como desastres las posibilidades de grandes eventos y no las pequeñas pero insidiosas, la vulnerabilidad social aumenta de manera ostensible. Es evidente, entonces, el impacto que esto tiene en la respuesta de la población ante las políticas y mensajes emitidos por las diferentes organizaciones involucradas en el manejo de emergencias y desastres (como reflejo específico del manejo general que se hace de los desastres en el país).

Ante este panorama surge como necesidad impostergable el incrementar la autogestión de los usuarios (personas y grupos) en el manejo adecuado y "sensible" de la información que reciben. Desde ese ángulo de análisis, ningún sistema de detección y alerta, de educación y prevención, de preparación y capacitación, etc. por más sofisticado y moderno que sea, será efectivo si no cuenta con una apropiada transmisión de su información y una adecuada y oportuna respuesta por parte de la población. En nuestro criterio, en nuestro país este último aspecto ha sido descuidado históricamente.

Es claro que en situaciones de desastre el traumatismo social está en proporción inversa al nivel de organización y preparación que tenga la comunidad. Para que una comunidad esté debidamente organizada requiere recibir y procesar información de la mejor manera posible. Es tarea de las Ciencias Sociales que ello

se alcance en el corto plazo. Parte de esa tarea es el realizar todos los esfuerzos posibles para que ciertas condiciones o elementos psicosociales sean debidamente incorporados en el trabajo sobre desastres o reducción del riesgo. Dada nuestra experiencia, queremos enfatizar en tres de ellos que consideramos básicos.

Clase social y organización comunal

Las poblaciones atendidas en su mayoría son rurales, de escasos recursos económicos. Sus viviendas están construidas por ellos mismos y ubicadas en terrenos no aptos para ser poblados, con algunas prácticas de cultivo que ha generado deforestación y uso inadecuado de los suelos, aumentando las condiciones vulnerables. La economía es en muchos casos de subsistencia, adeudan sus parcelas y cultivos a los bancos por lo que su recuperación por sí mismos de los desastres es escasa y dependen de la ayuda estatal e institucional para lograrlo. Muchos de ellos están conscientes de la situación de riesgo en que habitan; sin embargo se sienten impotentes de actuar sobre ellas. Su condición económica y la falta de apoyo estatal para enfrentar los problemas de marginalidad y pobreza los hace percibir que no hay salida.

La organización comunitaria, en unas poblaciones más sólida que en otras, carece de preparación en materia de desastres por lo que no cuenta con planes de acción ante la alerta. Desconoce, entre otros aspectos, qué hacer ante el evento, las características del mismo, los lugares más seguros dónde acudir.

Las formas de respuesta de las poblaciones ante el aviso del impacto del huracán César (1996), se basaron en el conocimiento que las poblaciones tenían de su entorno comunal y los cambios detectados en el mismo. De ese mismo conocimiento se desprendió la decisión de evacuar a los pobladores y determinar cuáles serían los sitios más apropiados.

Al reconstruir estas experiencias con los líderes comunales, sobresale la angustia de tener bajo su responsabilidad la toma de decisiones sin contar con mucho conocimiento sobre lo que estaba por suceder. Se atribuye a Dios el que las cosas salieran bien, pero se recriminan a sí mismos y a la Comisión de Emergencias la falta de organización y preparación ante los desastres.